

“VENTUREROS” Y MATADORES EN NAVARRA

Javier ÁLVAREZ CAPEROCHIPI
jalcapero@gmail.com

Es un hecho bien conocido, la existencia hace más de cinco siglos de ganaderías y toros bravos en Navarra especialmente en tierras de la Ribera. Hoy vamos a ocuparnos de un asunto menos conocido, de los primeros toreros, a los que llamaron “Ventureros”, que practicaban un toreo arriesgado acrobático y sin normas. Atención especial a Martincho “El Temerario” y al “Licenciado de Falces”, inmortalizados por Francisco de Goya en su Tauromaquia.

INTRODUCCIÓN.

Según algunos documentos contrastados, el primer festejo taurino en Navarra se celebró en 1385: al parecer el Rey Carlos II mandó traer a Pamplona dos diestros desde Zaragoza, uno moro y otro cristiano.

Entre los siglos XV-XVII aparecen esforzados toreros “Ventureros” (arriesgados, improvisadores) que practicaban una forma de toreo no reglamentado, a su aire, en cuadrillas de amigos o vecinos, que iban de pueblo en pueblo, intentando divertir al público con saltos, quiebras y otras cosas que se les ocurrían. Nacieron en el entorno de las ganaderías de la zona navarro-vasco-aragonesa-riojana, toreo preferentemente a pie y también matadores; jugueteaban con los astados haciendo temeridades, basaban su toreo en sus facultades físicas “toreo acrobático” y en el engaño a la embestida. Sabemos de los llamados “Ventureros”, por cartas de pagos de Ayuntamientos (de Pamplona, Tudela, Estella, Tafalla, Puente La Reina, Falces...), a favor de unos hombres, por ofrecer espectáculos taurinos; también por escritos de Del Campo, Busca, Viard, Iribarren, Baleztena, Napal...

En tiempos pasados llamaban “navarros” y también “norteños” a todos los ventureros y cuadrillas de Navarra y alrededores (aragoneses, riojanos y vascos), y lo hacían, porque los navarros fueron los primeros y más numerosos, además era donde más ganaderías y más festejos taurinos. Como se escribe en el tratado de Cossío: “Hablar de Navarra es hablar del origen del toreo a pie, una re-

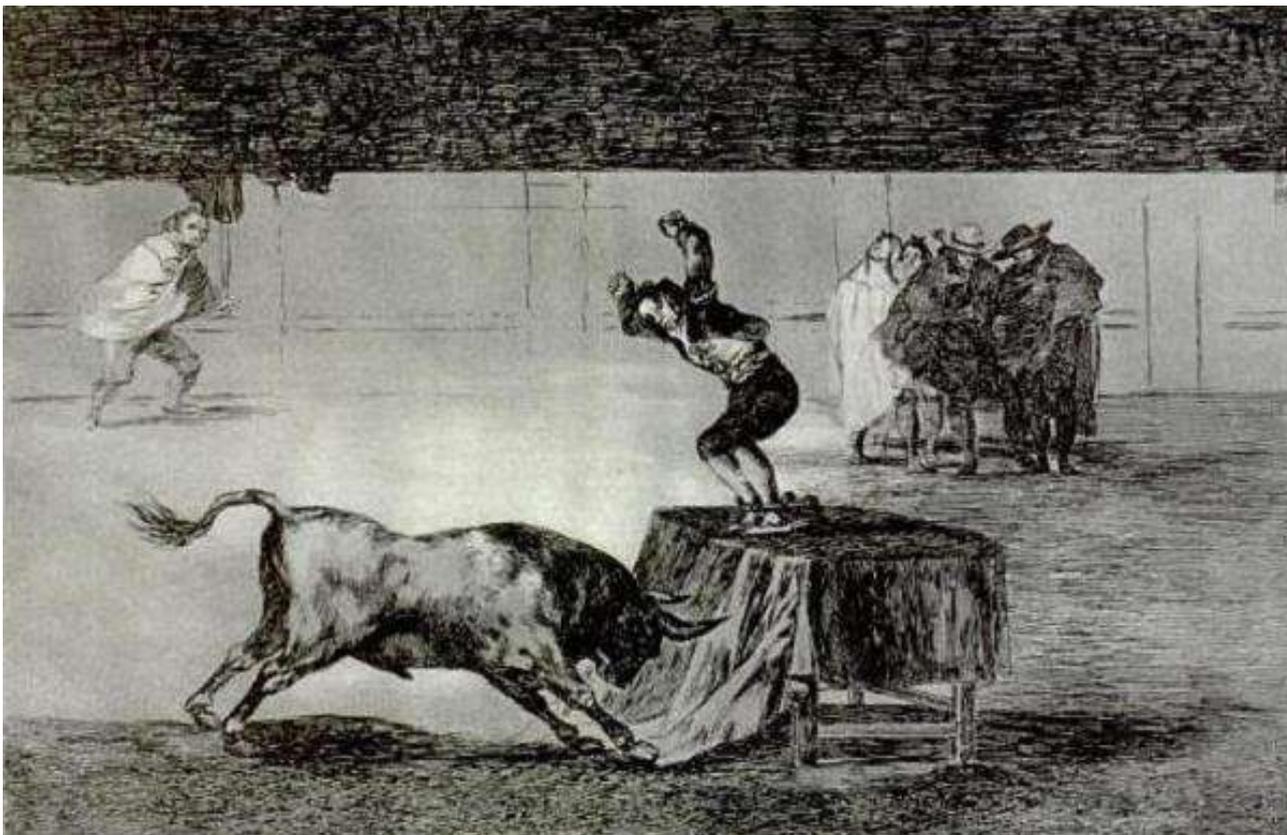


Banderillas de una en una.

gión donde se inventaron: los quiebras, la colocación de banderillas y la cuadrilla”.

LOS PRIMEROS “VENTUREROS” Y MATADORES

Es el momento de volver atrás y recordar las hazañas de los primeros “Ventureros” navarros; empezaremos por el supuestamente más antiguo, hacia el siglo XV: “el Bandolero Esquiroz” que antes de hacer temeridades con los toros en las plazas de los pueblos, asaltaba a las gentes en los caminos e incluso estuvo acusado de matar por celos a un mozo de Olite; se trataba de un personaje singular que tras dejar esas actividades, se dedicó a actuar en festejos populares con una cuadrilla de contrabandistas que había reclutado. Digamos para aclarar, que en los principios, los “ventureros” eran gentes de procedencia humilde, considerados malas gentes y diestros de bronca y juerga, que no estaban previamente contratados y que cobraban según



Salto de Martincho en la Plaza de Madrid.

el éxito de su actuación, asunto que iría poco a poco organizándose.

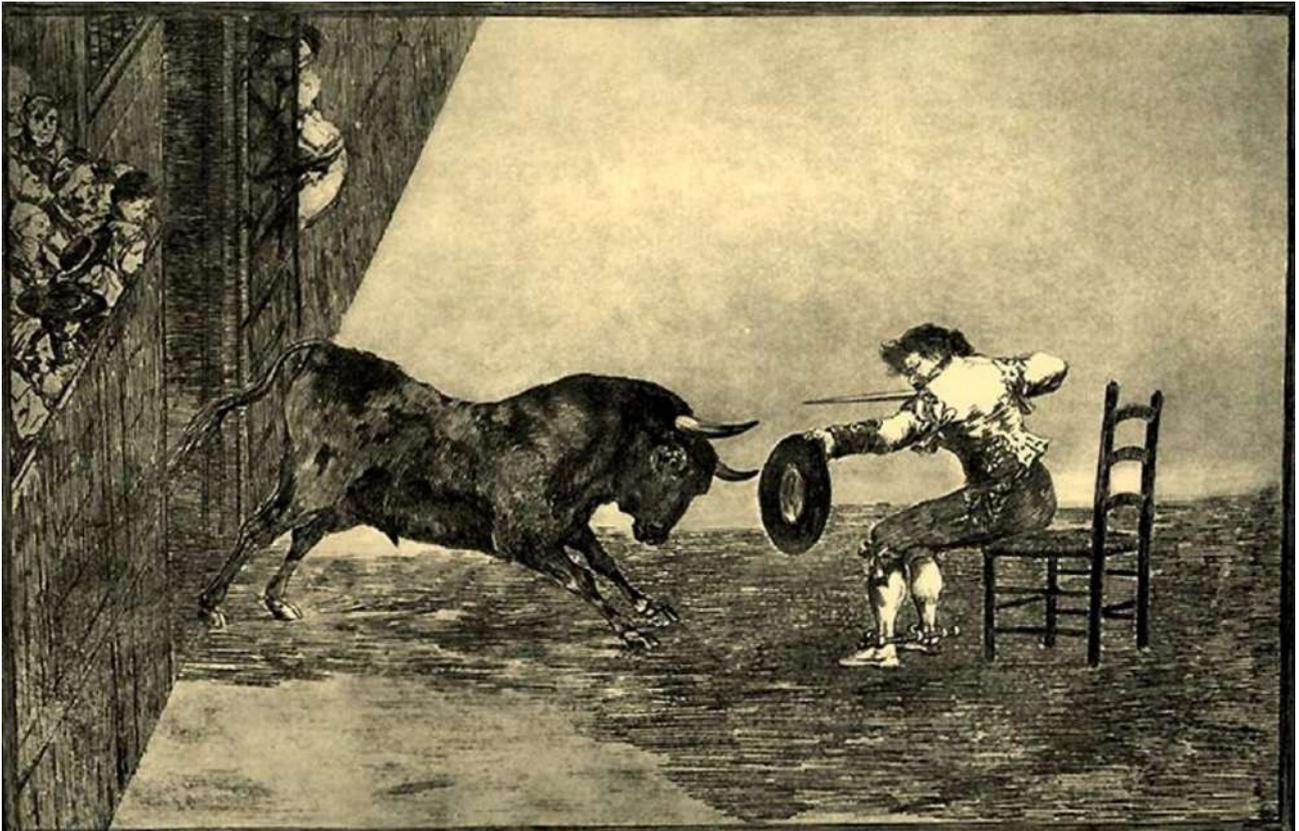
En las cuadrillas de los toreros, iba algunas veces el "Matatoros profesional", un individuo que llevaba para distinguirse una banda ancha de colores y colaboraba con el "Venturero" en la muerte del animal, cuando este había alcanzado una peligrosidad extrema, a base de "espazados o lanzadas". Ventureros y matatoros, no eran figuras del toreo como los actuales, eran gente del pueblo, se jugaban la vida todos los días por una miseria; eran unas épocas en que se calculaban 200 muertos al año por cogidas en los festejos taurinos de la península, entre otras razones, porque en aquellos tiempos no existían enfermeras en las plazas y tenían que recurrir a ungüentos y emplastos aplicados por miembros de su cuadrillas.

En los albores del siglo XVI los ventureros ya habían dejado atrás su fama de gentes brocas y comenzaban a ser contratados de manera oficial. Nos han llegado noticias de Juan de Arana natural de Tudela (1680-1710) capaz de burlar a los toros feroces, pero que falleció por las cornadas de un buey manso, - "Dios nos libre de un buen manso" recogería más tarde el refranero español. También de Jaime Aramburu "El Judío" de Estella, que gustaba merendar encima del dorso del toro,

hasta que uno de ellos lo mató en Valencia de una cornada. Mención especial a José Leguregui "El Pamplonés" que actuó con gran éxito en la inauguración de la Plaza de toros, sita en la Calle Alcalá de Madrid, el año 1749.

Añadiremos también a esta pequeña lista de toreros a Francisco Milagros y Agustín Yanguas ambos de Tudela, a los estellese Juan Santander y Juan de Mauleón, a Babil Locén de Olite, Juan Labayen de Sangüesa, Joaquín Lapuya de Peralta, Damianillo de Nájera y muchos más, que no tuvieron la fortuna de ser citados en ninguna crónica.

El pintor y dibujante Francisco de Goya y Lucientes, que había sido novillero en alguna época de su juventud, se relacionaba preferentemente con los toreros de mayor nombradía y firmaba como "Francisco el de los toros", también le interesaban los inventores de suertes y saltos nuevos. El genio del dibujo y la pintura, ya en la vejez, compuso su famosa Tauromaquia, con una serie de más de 40 dibujos y aguafuertes, en donde se representaban las escenas y las figuras de la época. Se podría hablar de los modelos navarro-aragoneses de su tauromaquia, aunque cabría especular, si la fama de los toreros dependía de sus habilidades o de los pinceles del genio. Destacaremos:



Temeridad de Martincho en la Plaza de Madrid.

“Martincho, el temerario”, Francisco Martínez, fue una figura principal y legendaria del toreo del siglo XVII, pionero también en saltos y quiebras con y sin muleta. De origen discutido, para unos de cuna aragonesa, Ejea de los Caballeros (Farasdues), para Del Campo, de Tudela y de padre navarro. Hombre de fuerte constitución, que había trabajado de joven como pastor en una ganadería de Tudela, donde se acostumbró a pastorear a pie por montes y sotos a vacadas bravas y hacer sus primeras temeridades y habilidades.

En alguna enciclopedia moderna, aparece Martincho, como Martín Barcaiztegui natural de Oyarzun. Es también posible que hayan existido dos “Martinchos” consecutivos, con alguna relación familiar, siendo el primero, el más interesante. Martincho I, fue una figura del toreo de a pie y con la capa, cabeza de cartel con su cuadrilla de banderilleros y capeadores navarros, en ferias como Madrid y Pamplona, donde actuó en 28 ocasiones, también tuvo tardes de gloria en Zaragoza, en la corrida homenaje al rey Carlos III y en la inauguración de la Plaza de Toros de Pignatelli en 1764.

Era matador, saltador e inventor. Su espectáculo más celebrado era: “el salto de Martincho sobre el testuz”. Realizaba el salto, esperando al toro encima de una mesa, que tenía un capote por delante. Al embestir el

toro al capote y humillar, era el momento que aprovechaba Martincho para saltar hasta pasar los cuartos traseros del toro; además, solía llevar los pies atados con grilletes, o sujetos con una boina; un salto que no ha muerto, pues todavía se ve realizar en algún espectáculo, por alguno de sus imitadores. Sabemos también que Martincho fue pionero en poner banderillas al quiebro, que algunas veces entraba a matar recibiendo y sentado en una silla; posiblemente fue el inventor del toreo de capa por “navarras”, parecido a la verónica pero girando en sentido contrario a la investidura del toro.

Su salto fue inmortalizado por Francisco de Goya “La locura de Martincho” y por los relatos de Leandro Fernández de Moratín, que menciona “la actuación insigne del célebre Martincho”. A pesar de su temeridad fue un matador al que respetaron bastante los toros pues estuvo actuando muchos años y se retiró cuando sus facultades no le permitían hacer sus locuras. Murió en Ejea de los Caballeros en 1772.

“EL Licenciado de Falces”. Bernardo Alcalde Merino “El Diestrísimo Estudiante de Falces”, “el torero de la emoción”, nacido en Falces-Navarra en 1709, de familia noble y acomodada, al parecer descendiente de quien fue algún tiempo Virrey del Perú.

Cuentan que era torero poderoso y valiente,

Miscelánea

diestro en cuarteos, quiebro y adornos; muy hábil con los rehiletes, fue el primero que puso banderillas a dos manos; ejecutaba asimismo difíciles y primorosas suertes con la capa y también realizaba a veces el salto de Martincho, con la variante de apoyar el pie derecho en el testuz para tomar impulso y saltar hasta atrás; sus actuaciones estaban llenas de emociones y peligros; seguramente no fue muy hábil con la espada, pues no era una suerte ni reconocida ni del todo implantada, era un recurso necesario. Al parecer, "El Licenciado" tuvo alguna cogida peligrosa, pero milagrosamente salía airoso de todas las cornadas.

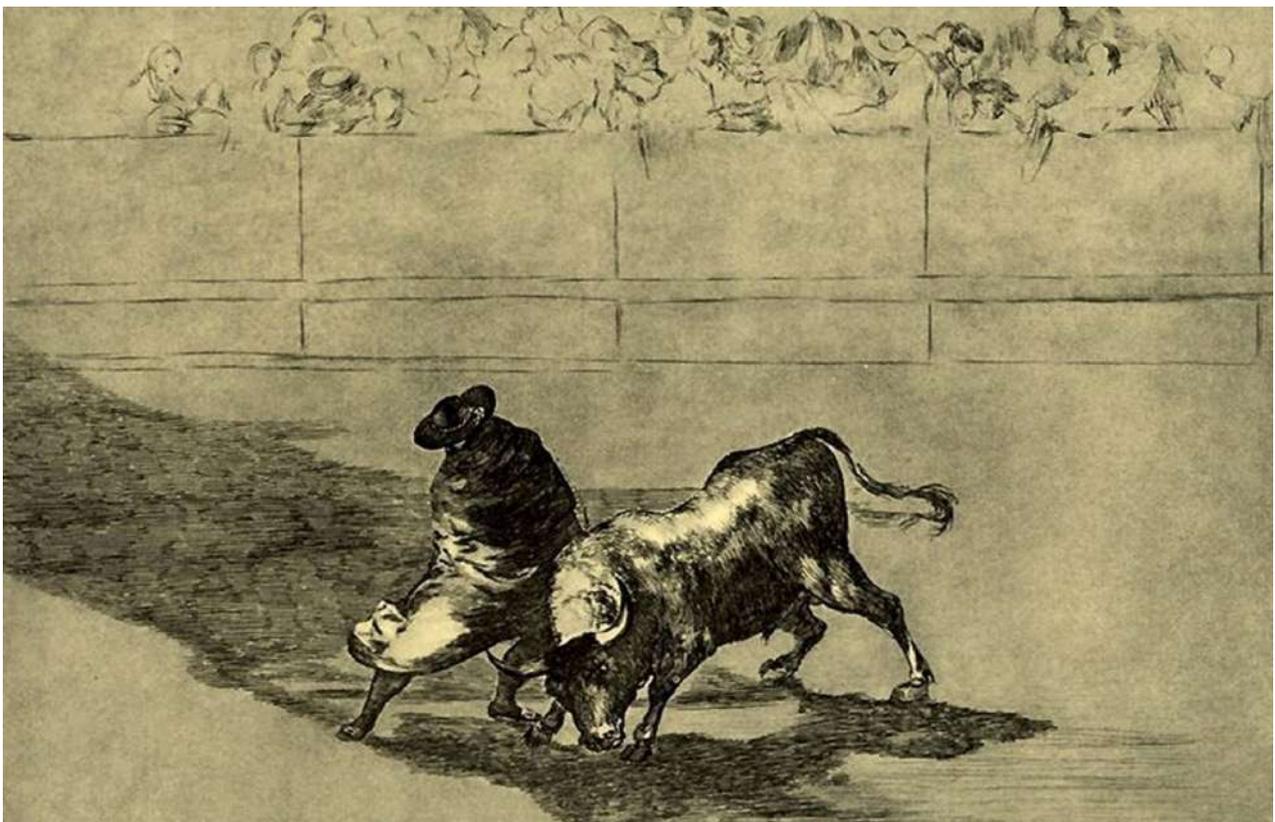
Fue uno de los ventureros más cotizados de la época, toreó en Pamplona en 1733, en el homenaje que la ciudad le hacía a la viuda del rey Carlos II, vestido de estudiante, con sombrero castellano, zapatos con hebilla y capa, cobró 250 reales; en 1750 encandiló al público de Madrid en la Plaza de toros de la Puerta de Alcalá cobrando 1000 reales y se hizo imprescindible en todos los festejos importantes.

Empezó sus andanzas taurinas como estudiante de cura, en el seminario de alguna orden religiosa, cursó estudios de Latinidad y Humanidades; según Daza y otros estudiosos del personaje, llegó a Presbítero; desde entonces le apodaron Licenciado. Su vida me-

recería un buen guión de película: torero triunfador cabeza de cartel durante muchos años; parece ser, que una vez cura, fueron limitándose sus actuaciones por la oposición de las autoridades eclesiásticas. Su vida se va complicando al verse mezclado en un escándalo amoroso con Adelaida Girón, la mujer de un rico empresario cordobés y, también con la muerte de un Inquisidor, que vigilaba a la pareja. La historia tuvo un final desgraciado, el torero-cura, se vio obligado a esconderse y lo hizo entre las paredes de un monasterio; un día lo encontraron muerto en su celda en extrañas circunstancias.

Fue dibujado por Goya, embozado en una capa de estudiante, burlando a un toro dentro de un círculo que trazaba en la arena. Era su número favorito: toreaba con quiebro en el centro de la plaza sin salirse del círculo, enseñando con parsimonia al toro los extremos del embozo y hasta era capaz de cubrir los ojos del animal con parches de pez, dejándole temporalmente sin visión clara y así engañaba todavía mejor al astado; terminaba el juego con la rendición y aburrimento del toro. Cuentan, que seguramente Goya nunca lo conoció, pero le llegaron sus andanzas y lo dibujó de "oído". No fue el único torero de Falces, a su vera aparecieron otros imitadores de menor categoría, entre ellos: Gregorio "El Pastor de Falces" y Santiago "El Labrador de Falces".

El diestrísimo estudiante de Falces embozado burla al toro con sus quiebro.



Juan Apiñani. "Juanito" y el salto de la Garrocha. Juan Apiñani formó parte de una cuadrilla de Calahorra en la que participaban varios hermanos (Manuel el "Tuertillo", Juan, Emeterio, Gaspar y Pacual), que luego se integraría en la cuadrilla de Martincho y de Juan Romero; tuvieron épocas de esplendor con numerosas actuaciones en plazas como Madrid, Zaragoza, y Pamplona. Ellos pusieron de moda "el salto con la Garrocha", que inmortalizó Goya representando el salto de Juan Apiñani, al que Goya bautizaría como "Juanito", sobre el toro en la plaza de Madrid y titulado "ligereza y atrevimiento de Juanito" un salto de riesgo, valor, agilidad y preparación mental que daba colorido a la corrida. En un cartel de Madrid de 1762 decía: -Al siguiente saltará Juan Apeñani con una vara-

La Garrocha primitiva era un palo largo de madera, al estilo de los que utilizan los vaqueros para acompañar a los toros por el campo y, la ligereza del salto, asemeja a la de un saltador de pértiga. Juanito adquirió gran fama en la segunda parte de su carrera, actuando en la Corte y cobrando buenos emolumentos (Por saltar al toro, para Apiñani, 240 reales).

El salto estuvo de moda hasta finales del siglo XIX y costó la vida a más de uno, En concreto al banderillero Salleri de la cuadrilla de "Cuatro dedos" en 1898. En la actualidad la ciudad de Calahorra tiene una plaza dedicada al ilustre torero antiguo Juanito Apiñani.

En saltos, también merecen mención especial: el vasco Nino Unanue y el landés Paul

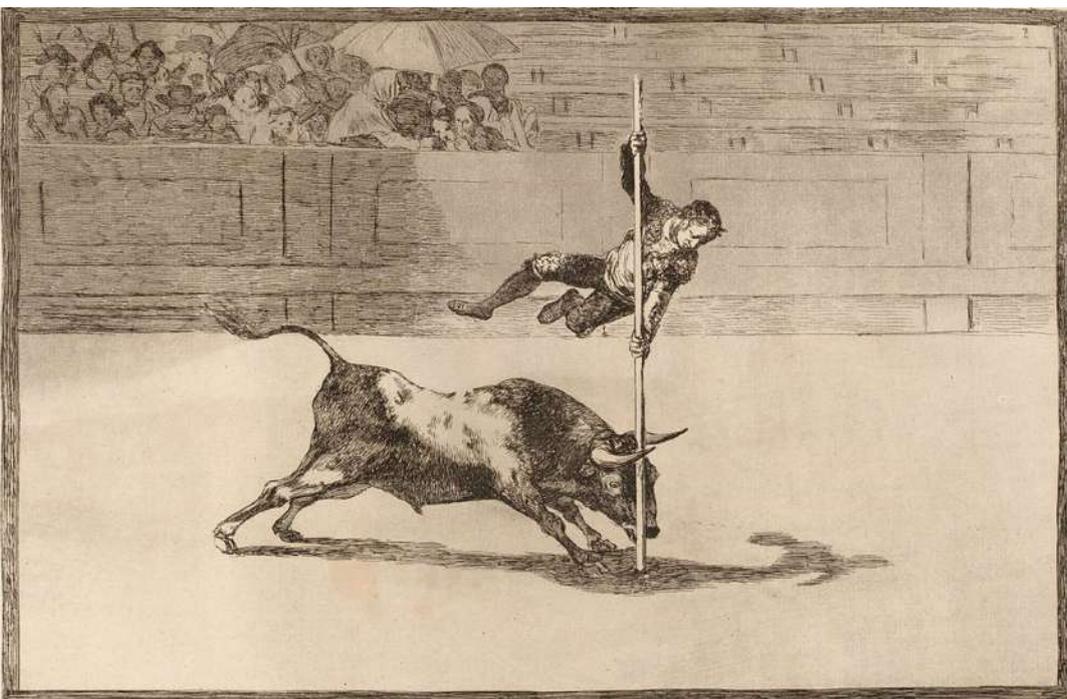
Deverat, que en Deba y Azpeitia, en las fiestas por la canonización de San Ignacio de Loyola y en otras plazas de las Landas, habían realizado un salto espectacular: esperaban al toro a pie firme y cuando llegaba se lanzaban limpiamente hacia el espacio por encima de la cabeza del toro hasta la cola en vuelo horizontal con los pies juntos, lo que luego se llamaría "el salto del ángel". Salto que no dibujó Goya, pero que hoy día sigue perdurando, gracias a los concursos de Recortadores y a la llamada corrida Vasco-Landesas, que todavía de les puede ver en los "sanfermines".

En el siglo XVII, en pueblos de Castilla y Andalucía, también se celebraban festejos taurinos

algo diferentes a los comentados, con algunas suertes ya parcialmente ordenadas: capa, muleta, banderillas, picador y muerte del toro, que acabaron reglamentándose desde plazas como Sevilla y Ronda, de la mano de toreros como Francisco Romero y Pepe Hillo. Se iría imponiendo en todo el país, el toreo artístico de muleta y ritmo, sobre el acrobático, con toros diferentes a los navarros, con más peso y embestida más fija. 

REFERENCIAS

- BALEZTENA I. 1932 *Los toros en Navarra*, Ed, Gurda.
- CARRERE E, 1914. -*Torero y Fraile- La Lidia*, periódico taurino.
- COSSÍO 4, 2007, *Los saltos*. Espasa Calpe.
- IRIBARREN J.M. *Toros en Navarra*.
- NAPAL S, 2020. *Ganaderías navarras*. Pregón 56.



Ligereza y atrevimiento de Juanito Apiñani en la plaza de Madrid.